

---

## Frances Kissling: la disidencia católica basada en la conciencia

**C**atholics for a Free Choice (CFFC), cuyo nombre en español es *Católicas por el derecho a decidir*, es una organización creada en Nueva York, en 1973, por un grupo de mujeres católicas de origen irlandés, indignadas entre el activismo desplegado por los obispos católicos contra el aborto, justo después de que se declarara legal, porque cuando era ilegal no habían manifestado su preocupación por los fetos, ni mucho menos por las mujeres. En el momento en que la interrupción voluntaria del embarazo se legaliza en Estados Unidos, los obispos inician una gran campaña para regresar a la situación anterior de ilegalidad. Por esta razón, en sus inicios, CFFC tuvo un fuerte interés por lo legal y se apoyó en la argumentación de que, en una sociedad plural como los Estados Unidos, una religión no podía pretender que su visión moralista se convirtiera en la política del estado. Otra cuestión que CFFC subrayó fue que los obispos no representaban el sentir de muchas personas católicas sobre el aborto, y que una mayoría importante de católicos pensaba que el aborto debía ser legal para que cada quien decidiera de acuerdo con su conciencia. Como hay 58 millones de personas católicas en Estados Unidos frente a sólo 300 obispos, CFFC también insistió en que durante el proceso de formulación de políticas públicas, los funcionarios y los legisladores debían prestar más atención a los ciudadanos que a la jerarquía de la iglesia. Con ese tipo de planteamientos inició sus labores CFFC.

Ciertos principios básicos del catolicismo, como el que la conciencia de la persona tiene precedencia sobre las enseñanzas de la iglesia, estuvieron presentes en la organización desde su comienzo, y estructuraron su línea de trabajo de 1973 a 1979. La nueva dirección amplió su perspectiva a los derechos de las mujeres. La organización tiene ya más de 20 años de existencia y ha pasado por varias transformaciones, como

---

la propia iglesia católica ha cambiado tremendamente en este mismo periodo.

— Yo me involucré en CFFC en 1978, cuando me pidieron que formara parte del Consejo Directivo. Había estado activa en el movimiento para el derecho al aborto legal, pero en el ámbito laico, y alguien en la organización se enteró de que yo era católica y ex monja (había estado en el convento de Sisters of Saint Joseph). Aunque para mí eso ahora ya no tiene importancia, porque sucedió hace casi 30 años y duré poco tiempo en el convento, en esos momentos fue muy significativo. Hoy es tan sólo un indicador de la trayectoria de mis pensamientos y convicciones. Cuando me solicitaron ingresar a CFFC, la organización tenía un gran compromiso con el segundo concilio vaticano, y defendía la libertad de los católicos involucrados con la iglesia, pero que discrepaban de algunas de sus enseñanzas. Después de un tiempo empezamos a estudiar con más profundidad estas cuestiones y entonces empezó a perfilarse el tema de los derechos de las mujeres en la iglesia, que en ese momento todavía no se había desarrollado. Empezamos a comprender que la objeción de la iglesia católica al aborto no era por los fetos sino por las mujeres: lo que estaba en juego era una concepción de las mujeres. Nos dimos cuenta de que los líderes de la iglesia católica no tenían confianza en la capacidad de las mujeres para tomar decisiones morales. Descubrimos entonces el miedo histórico que la iglesia les ha tenido a las mujeres. Si revisamos documentos antiguos se ve claramente el grado en que los líderes de la iglesia culpan a las mujeres de los errores de los hombres, de la “caída” del hombre, y eso se remonta hasta Adán y Eva. Eva se ha convertido en el símbolo de la desobediencia, de la voluntad, de la sexualidad. Eva es el símbolo de la mujer como tentadora del hombre, y la iglesia, como una institución masculina, ha buscado limitar la autonomía de la mujer, la identidad de las mujeres. Desde este miedo, que expresa la convicción de que los hombres no tienen la fuerza para ser buenos, se llega a la maldad innata de las mujeres.

Comprendimos entonces el razonamiento que subyace a las enseñanzas de la iglesia sobre esta cuestión y la perspectiva de la organización se amplió. Por eso, en estos últimos años, CFFC pasa de ser una organización defensora de los derechos reproductivos a una organización de defensa de los derechos de las mujeres. Actualmente, nuestra perspectiva no se restringe sólo a una defensa de la decisión individual ante

el dilema del aborto, sino que implica una toma de conciencia ante toda la problemática del papel de las mujeres en la sociedad, desde el acceso a la anticoncepción hasta lo que significa el hecho de que la iglesia no ordene a sacerdotas. Si las mujeres tuvieran poder dentro de la iglesia, las reglas serían muy diferentes; si los sacerdotes se casaran y tuvieran que negociar su relación con una mujer, y criar a sus hijos, los planteamientos de la iglesia en relación con los derechos sexuales y reproductivos serían diferentes.

— Cuando me involucré con CFFC yo ya había iniciado un proceso de distanciamiento de la iglesia. Al abandonar el convento, ya discrepaba sustancialmente de las enseñanzas de la iglesia en relación con la sexualidad, el uso de anticonceptivos e, incluso, de su postura respecto al aborto. Claro que también hay razones de mi distanciamiento que arrancan desde más atrás, desde mi historia personal. Apenas hace unos años empecé a comprender algunas de las razones de por qué hago lo que hago. Para mí la razón más significativa de mi pasión en esta lucha se relaciona con mi madre. Vengo de una familia donde mi madre se casó, se divorció y se volvió a casar. Fui muy religiosa, nunca “mocha”, pues ésa no ha sido la forma que mi religiosidad toma; lo mío ha sido más espiritual y también ha incluido un interés mayor por ese aspecto de la religión que se refiere a cómo llevar una buena vida aquí en la tierra. Siempre fui a escuelas católicas y tuve consejero espiritual, y me dolía que a mi madre no se le permitiera recibir la comunión por haberse divorciado y vuelto a casar. Es espantosa la forma en que la iglesia aborda el divorcio y el segundo matrimonio; es casi como plantear que esa persona que se ha vuelto a casar es una adúltera, o bígama o que tiene relaciones extramaritales. Además, todo rodeado del halo de que la sexualidad es fundamentalmente mala. Y esto fue muy perturbador para mí. Cuando yo estaba en mi pubertad, alrededor de los 12 años, hablando con mi confesor de estos dolores, él me dijo: “Yo puedo ayudar a tu madre. ¿La puedes convencer de que venga a hablar conmigo?”. Obviamente que la convencí, y cuando regresó de su cita con él me dijo: “Ya está todo arreglado. Hemos quedado en que tu padrastro y yo podemos seguir viviendo juntos, pero debemos vivir como hermano y hermana, en una relación casta, sin sexo”. Y como recompensa por no tener relaciones sexuales, *por no pecar*, ella podría recibir la comunión, pero no durante la misa, frente al altar, delante de los demás, porque la gente de la pa-

roquia sabía que era una mujer divorciada y vuelta a casar, y al ver que seguía viviendo con ese hombre, pensarían que era una pecadora, y se escandalizarían por el hecho de que la iglesia le permitiera recibir la comunión. Pero podía ir a recibir la comunión aparte, sola, en la sacristía, o ir a parroquias lejanas, donde no la conocían. Cuando escuché esto quedé devastada, totalmente devastada, de que mi madre fuera tratada tan injustamente y de que mi confesor y amigo me hubiera traicionado. Fui a hablar con él y le dije: "estoy horrorizada, ¿cómo le pudo hacer esto a mi madre?, esto es una desgracia". Supongo que en el incidente también hay implicaciones psicológicas más profundas. Yo tenía la sensación de que no sólo la iglesia había traicionado a mi madre, sino que yo misma lo había hecho, porque la había empujado a esto, y ella lo había hecho básicamente por mí. Los elementos freudianos están presentes: yo estaba en el despertar de mi sexualidad y de cierta manera le estaba negando a mi madre su sexualidad o, por lo menos, contribuyendo a la negación de la suya.

Creo que ese incidente tiene muchísimo que ver con mi sensación de que en la iglesia católica se cometen muchas injusticias contra las mujeres, particularmente alrededor de la sexualidad y la procreación. Aunque en ese entonces no reflexioné mucho sobre lo sucedido, creo que definitivamente me ayudó a tomar una posición respecto a dos cuestiones: la primera, como sabía que mi madre era una buena persona, decente y no una adúltera o alguien que estaba acostándose con otros hombres, el incidente me permitió estar en desacuerdo muy fácilmente con los sacerdotes: si podían equivocarse respecto a mi madre, podían también equivocarse en otras cosas; la segunda, la hipocresía: me impactó el hecho de que el elemento más importante fuera no hacer escándalo. Eso hizo que me diera cuenta que a la iglesia no le importan realmente los seres humanos. Nadie, nadie cuerdo por lo menos, podía pedirle a otro ser humano una renuncia de esta magnitud y pensar que es bueno renunciar a la vida sexual y convertirse en una hipócrita, escondiéndose para recibir la comunión, que es en esencia un acto comunitario.

— Una cuestión principal y vigente es precisamente la distinción entre lo que la iglesia tolera en privado y lo que acepta en público; esto, en el caso del aborto, muestra que no le importa verdaderamente lo que ocurre con los fetos y con las mujeres. Si argumentas que estás en con-

tra de la despenalización del aborto porque defiendes la vida de los fetos, deberías estar de igual manera preocupada, ya sea que esto ocurra legal o ilegalmente. No existen dos clases de fetos, los que son destruidos por abortos ilegales y los que son destruidos por abortos legales. La vida es la vida. Sin embargo, los obispos comienzan su campaña cuando mejoran las condiciones para *evitar* las muertes de las mujeres y las complicaciones derivadas de los abortos, y cuando esas condiciones permiten *prevenir* mejor. Pero ¿y antes?, ¿por qué la iglesia no invertía sus energías para evitar los abortos ilegales?, ¿por qué guardaba silencio?; porque requiere afirmar sus posiciones públicamente, aunque en privado deje pasar muchas cuestiones. La iglesia puede tolerar que una mujer se realice un aborto; lo que no tolera es que la mujer diga que toma una decisión moral para realizarse dicho aborto. La distinción está entre el acto y la ley. Sabemos que a los funcionarios de la iglesia el acto les importa menos. En México, cientos de miles de mujeres se hacen abortos cada año y la iglesia no hace nada para prevenirlos; lo que le interesa es hacer todo lo posible para que la ley no diga que el aborto es legal. Esa es otra forma de hipocresía.

En esto hay, además, un problema de autoritarismo. Lo que está en juego es hasta dónde se cuestiona o desafía la autoridad de la iglesia; lo que verdaderamente le importa no es establecer buenas condiciones o buenas reglas que comprendan las vidas humanas y tomen en cuenta los sentimientos y las necesidades de las personas, sino hacer valer su autoridad. Tomemos la anticoncepción; ahí la iglesia dijo básicamente: bueno, podríamos cambiar las reglas, pues no hay nada que prohíba que la anticoncepción sea lícita, pero si lo hacemos, tendríamos que reconocer que estuvimos equivocados, y entonces la gente puede pensar que se podrían cambiar otras reglas. Por eso, a pesar de que la iglesia contó con la posibilidad de volver lícita la anticoncepción, lo cual hubiera sido una decisión cristiana, compasiva, que no sólo beneficiaría a algunos individuos sino a la sociedad en su totalidad, no lo hizo, ni lo hace, porque piensa que puede perder su poder si rectifica su posición.

Esto me conduce a reflexionar sobre el objetivo de la religión. Para mí, la religión debería ser una forma de hacer el bien; sí, la religión es una de las formas mediante las cuales ciertas personas se dedican a hacer la vida más vivible, mejor, para los demás. Creo que la tensión básica hoy día en la iglesia es ésa, la que se interroga sobre el bien, y los temas de la sexualidad y la reproducción sólo destacan o ponen de relieve esa

tensión. La tensión está traspasada por la interrogante de si los seres humanos nacen esencialmente buenos o esencialmente envilecidos; en el primer caso, el propósito de la religión sería facilitar su bondad y, en el segundo, si las personas están esencialmente envilecidas por el pecado original, el propósito sería controlar sus aspectos envilecidos. Recientemente un teólogo dominico, Matthew Fox, ha sido expulsado de la iglesia por no creer en el pecado original, sino en la bendición original. Para él los seres humanos llegamos al mundo bendecidos, no pecadores. La iglesia no tolera este cuestionamiento fundamental al planteamiento del pecado original.

Esta tensión también está presente en la forma como pensamos sobre el aborto. En el catolicismo, el evento crucial puede ser la crucifixión o la resurrección. ¿Tenemos una teología de la felicidad, una teología de la resurrección o tenemos una teología del sufrimiento y la sumisión, una teología de la crucifixión? Para el papado actual, el evento central es la crucifixión, pues el ser humano es malo y requiere ser protegido y tutelado. Otras personas católicas concebimos la vida como una lucha por la alegría.

— Lo interesante de trabajar alrededor del concepto de derechos reproductivos y sexuales es que se tocan asuntos más amplios; en concreto, se toca la vida de casi todo el mundo, porque casi todas las personas tienen vida sexual.

Sin embargo, la mayoría de la gente de la iglesia no quiere pensar en estas cosas. Hoy en día, la tragedia de la religión es que se ha convertido en una especie de rutina; la mayoría de los católicos se vincula con la iglesia simplemente por cuestiones rituales, que ofrecen ciertos puntos de anclaje en momentos significativos de la vida: el nacimiento, el matrimonio, el sepelio; ahí es cuando se acercan a la iglesia, pero no piensan demasiado en lo que subyace a los ritos. Actualmente, hay muchas más mujeres que hombres que piensan sobre estas cuestiones, y ésta sí es una diferencia importante. Por ejemplo, la corriente de la teología de la liberación se concentra en la estructura política, en la injusticia inmediata entre ricos y pobres. Todo esto es muy importante, no lo critico, pero es una forma masculina de ver la relación entre el mundo y la iglesia, mientras que las preguntas sobre la vida personal tradicionalmente se hallan más en la esfera de las mujeres. La reflexión, primordialmente de mujeres, sobre estas cuestiones también está traspasada por el de-

bate profundo sobre el bien y el mal. Por su propio sufrimiento, las mujeres ponen más atención a este tipo de cuestiones; históricamente, y aun hoy día, la iglesia exige más sumisión a las mujeres que la que exige a los hombres. Aunque la iglesia piensa que todas las personas debemos obedecer y someternos, considera que el papel específico de las mujeres es someterse a los hombres, y educar a los hijos para que obedezcan.

Esto es muy importante, porque otro aspecto del miedo de la iglesia a las mujeres es que, por un lado, la iglesia dice que el papel de la mujer es preparar a la siguiente generación y, si en verdad las mujeres empiezan a tener una filosofía o una teología que difiera de la iglesia, entonces hay mucho de que preocuparse. Las mujeres son todavía quienes transmiten la cultura, y ésa es una de las razones por las cuales se tiene miedo de que acepten ideas diferentes, de que piensen en lo que no se enmarca dentro de la tradición.

En la encíclica papal sobre las mujeres *Mulieris dignitatem*, el concepto de la naturaleza de las mujeres es idéntico a los conceptos antiguos; hay dos destinos para ellas: ser vírgenes o ser madres. Ahora bien, la encíclica dice que sería excelente que las mujeres pudieran ser, al mismo tiempo, vírgenes y madres. Por eso María es la mujer ideal: una virgen que se convirtió en madre. Es tremendo que la virgen María sea el ejemplo que se le pone a cada niña sobre el ideal femenino porque, de entrada, implica no ejercer la sexualidad. En Polonia hay un culto extraordinario respecto a la virgen María, hay procesiones y todas las jovencitas desean ser la virgen María en el desfile de mayo. Es notable cómo este Papa está totalmente influido por la Marianología y promueve un ideal que conduce a las mujeres al fracaso total, porque sabemos que jamás podrán ser, al mismo tiempo, vírgenes y madres.

En el contexto de la batalla del Vaticano contra la conferencia de El Cairo, el Papa reivindica la maternidad sufriente de las mujeres: la maternidad con riesgos. A mitad de la tercera conferencia preparatoria, en abril el Papa decide beatificar a dos mujeres víctimas (véase apéndice), resignadas de su destino "tradicional" de mujeres. Por eso el Papa, que en la conferencia preparatoria de Nueva York se pronuncia en contra del concepto de *maternidad sin riesgos* a través de la delegación del Vaticano, hace santas a las mujeres que se sacrifican y pierden la vida por la maternidad. La lógica es la misma: el propósito por el cual las mujeres están en el mundo es para tener hijos, no por ellas mismas. El problema surge cuando las mujeres empiezan a decir que también la vida

tiene valor para ellas por ellas mismas, y quieren asumir su sexualidad separada de la procreación, y reivindican que la sexualidad existe para tener placer. Lo cual, en efecto, es cierto: se ejerce la sexualidad para tener placer. Si una pareja decide tener seis hijos no va a tener solamente las seis relaciones destinadas a procrearlos. Si se pudiera sumar la cantidad de veces que una pareja decide tener relaciones sexuales, la proporción en que éstas tienen como fin la reproducción es mínima.

— Al ver la inversión, en energía y recursos, que la jerarquía vaticana está haciendo en su pelea contra lo que significa la conferencia de El Cairo, hay que analizar por qué este documento o, si se prefiere, este evento, le resulta tan importante o amenazante. Es increíble la vehemencia con la cual el actual Papa aborda este tema. Cuando estuve en Roma, un reportero del *Osservatore Romano*, el diario oficial del Vaticano, comentó en relación con El Cairo: “El Papa explotó”. Yo creo que en parte esto le ocurre porque está cerca de su fin; éstos son los años crepusculares de su papado, y él ve que no tiene mucho tiempo más, que sus días están contados y lo sabe. Este límite inevitable aumenta su deseo de dejar su huella.

La otra cuestión significativa es que él ha estado buscando un nuevo diablo. El primer diablo en su papado fue el comunismo, y el anticomunismo sirvió como el pegamento que podía unir a su iglesia; la gente podía tener un enemigo común: “recomos por la conversión de Polonia, de Rusia, etc”. Con la caída del bloque comunista, necesita un nuevo enemigo común, y ése es el mundo moderno, con todo lo que implica: la emancipación de la mujer, el individualismo. El Papa está tratando desesperadamente de que los católicos se organicen contra el mundo moderno, pero no va a ser posible porque la sociedad ha dado pasos que ya no tienen retroceso. Y los católicos, en todo el mundo, ya han establecido sus vidas personales de manera tal que la iglesia ya no es el factor más relevante, ni el árbitro de su comportamiento.

Además, el Papa está muy molesto con los Estados Unidos, pues su papado tenía una alianza muy clara con Reagan respecto al comunismo y ahora la ha perdido, lo que ha de ser una frustración muy grande para él. Su anticomunismo contribuyó a que los Estados Unidos le dieran a la iglesia católica lo que quisiera, especialmente en lo relativo al aborto, como una forma de consolidar su alianza para “acabar con el comunismo”. Eso se acabó y, en otro nivel de geopolítica, ya no es claro

que la iglesia tenga algo significativo que ofrecer al mundo occidental. Por eso el Papa ha sacado a relucir argumentos sobre el imperialismo y el tercer mundo. Los representantes del Vaticano hablan ahora de imperialismo cultural, y siguen operando desde el viejo marco de las relaciones internacionales. Así, están tratando de exacerbar la tensión Norte/Sur con relación a El Cairo como un problema del imperialismo cultural de los del norte contra los del sur. Hay una mistificación sobre la gente del sur, muy en la línea del buen salvaje de Rousseau. El representante del Vaticano, Monseñor Martin, se refería a los pueblos del sur: "Son tan inocentes, tan apegados a la naturaleza, ellos no quieren esas tecnologías horribles de los del norte; sus mujeres no quieren controlar su fecundidad". Sabemos que no es así.

— Aunque el análisis geopolítico y la referencia a la alianza perdida con Reagan explican, en parte, la actitud del Vaticano, lo verdaderamente crucial es el papel de las mujeres. Eso es lo que distinguirá a esta Conferencia de El Cairo. Cuando dentro de 20 años se analice lo que pasó, se verá que el *quid* del asunto no era la población, ni siquiera el aborto, sino el papel de las mujeres. Lo realmente importante es que la ONU haya apoyado, genuinamente, la lucha por la igualdad de las mujeres. Esto es evidente en la importancia que el documento otorga a la educación de las niñas y las jóvenes, y el énfasis que pone en el acceso a la igualdad de oportunidades. Ante el interrogante de qué es lo que le resulta tan amenazante al Vaticano, la respuesta es la emancipación de las mujeres. Por eso están tan desesperados y quieren magnificar a toda costa cuestiones que ni siquiera se han planteado, como la esterilización, o el aborto, que sólo ha sido formulado desde la necesidad de reconocer que constituye un grave problema de salud pública. Lo que está verdaderamente en juego es *el control* de las mujeres y con la propuesta de la ONU las mujeres ganan el acceso a controlar sus cuerpos y sus vidas.

En su apuesta por buscar aliados para frenar este proceso, el Vaticano no ha tenido tanto éxito como esperaba. Pensó que los países de tradición fundamentalista lo iban a secundar, pero, si se analiza cuáles realmente lo apoyaron en la Tercera Conferencia preparatoria en Nueva York, vemos que fueron algunos países latinoamericanos, como Honduras, Guatemala, Argentina y también los países africanos más conservadores; pero no los países predominantemente islámicos, ni Irán, ni Li-

bia, ni Egipto, ni Pakistán. A pesar de su conservadurismo respecto del nuevo papel de las mujeres, esos países todavía contemplan la planificación familiar como un instrumento de la política estatal. Lo que ocurrió en Irán es muy claro: durante el reinado del Sha hubo planificación familiar; llegó el Ayatollah Komeini y se prohibió; pero al morir Komeini, ante el gran crecimiento poblacional, se vuelven a entusiasmar por la planificación familiar. En Irán no se la vincula a la emancipación de las mujeres sino a las necesidades del estado. Por eso, muchos países no se han acercado al Vaticano de la manera que éste esperaba.

— Creo que lamentablemente el Vaticano ha cometido un grandísimo error de juicio al querer imponer sus posiciones en este foro. Aunque ha logrado obstaculizar partes del proceso, no va a poder ir en contra de la corriente mundial. Fue muy significativo que cuando Menem, el presidente de Argentina, en la cumbre Iberoamericana de Cartagena, intentó que los presidentes iberoamericanos a suscribieran la postura del Vaticano, éstos lo rechazaran en pleno.

Desgraciadamente, la decisión de usar como emblemas del catolicismo la negación de los derechos sexuales y reproductivos de las personas, lo único que va a lograr es que la gente se aleje de la iglesia. Eso es una derrota tremenda. ¿Para qué vincular a la iglesia con estos asuntos? De esa manera tiene todas las de perder.

No se puede predecir qué va a pasar, pero un escenario posible es que, a fin de cuentas, gane el lado práctico de la iglesia. Aun quienes están de acuerdo con la mayoría de los temas, ven que las políticas de la iglesia están desgastadas y que han sido devastadoras para la propia iglesia. Hay problemas que tienen que resolverse de otra manera, por ejemplo, la cuestión del matrimonio de los sacerdotes. Ya no hay suficientes sacerdotes en esta iglesia.

Si se analiza el problema meramente desde una perspectiva corporativista o empresarial, el director de esta corporación eclesiástica, el Papa, va a tener que enfrentar el hecho de que esta "compañía" no es bastante atractiva: ni está atrayendo nuevos consumidores, ni nuevos trabajadores. Esto los obliga a cambiar y, por ejemplo, a empezar a ofrecer mejores condiciones de trabajo. Dicho en otras palabras, están fuera del mercado; hay otras iglesias donde se acepta el matrimonio de sacerdotes, e incluso que las propias mujeres se ordenen como sacerdotas.

El ejemplo más grande de la incapacidad de la iglesia católica para responder a las condiciones sociales, a las “condiciones del mercado”, es el proceso de la reforma protestante. No había razones de peso para que la iglesia católica no le hubiera respondido a Lutero: no hubiera sido tan grave dejar de vender indulgencias, o alterar ciertas concepciones sobre la gracia o la santificación; esas no eran cuestiones centrales, y de hecho, después de Lutero, la iglesia católica las retomó. La iglesia católica se ajustó, pero lo hizo demasiado tarde y la reforma protestante cobró fuerza. Algo similar está pasando ahora, pues este periodo es comparable al de la reforma protestante. La iglesia no ha aprendido a ajustarse y a acomodarse a las exigencias de la sociedad, de sus fieles; pero, para evitar la caída, tendrá que hacerlo. La iglesia no ha sobrevivido tantos miles de años sin cambiar. Aprende, a destiempo, pero aprende.

*Entrevista: Marta Lamas*

### *Apéndice*

*El Papa les dice a las mujeres:  
¡feliz día de las mártires!*

Como una feminista crítica del Vaticano a veces he albergado dudas sobre si soy muy dura con los líderes de mi iglesia o si sueño muy trillada en mis acusaciones en torno a que las posiciones del Vaticano sobre el control de la natalidad y el aborto están arraigadas en el odio a las mujeres y el miedo a la sexualidad. ¿No podría ser verdad, como frecuentemente declaran estos líderes masculinos, que estén genuinamente motivados por el respeto a la vida en todas sus formas?

Ciertos sucesos ocurridos apenas hace unas semanas han silenciado mis dudas: en el Vaticano la misoginia está viva y coleando y hay pocas señales de respeto por las vidas de las mujeres. El 24 de abril el Papa Juan Pablo II coronó la campaña de este año del Vaticano para articular una supuesta visión tradicional de la familia y del papel de las mujeres con la beatificación de dos mujeres de quienes dijo que eran “modelos de perfección cristiana”. La beatificación, un peldaño de la es-

calera a la santidad, es un signo de la aprobación del Vaticano, sobre la vida —o la muerte— de la persona que ha sido honrada con esa distinción. “Deseamos hacer un homenaje a todas esas madres valientes que se dedican sin reservas a sus familias y que sufren para traer sus hijos al mundo”, dijo el Papa en esa ocasión.

Mi lado moderado me dice: siempre exiges que el Papa venere a las mujeres comunes y corrientes y ahora que lo ha hecho sigues quejándote, viendo sexismo atrás de los actos más benignos. Pero oigan la historia de esas mujeres y piensen sobre el significado de poner como ejemplo de santidad sus decisiones, especialmente para las jóvenes.

La primera beatificada, Gianna Beretta, una pediatra embarazada de su cuarto hijo y que padecía un cáncer uterino mortífero, insistió en que, si fuese, necesario se debería sacrificar su vida en favor de su hijo por nacer. Obviamente el sacrificio fue necesario, y ella murió en 1962 para que su hijo viviera. Yo respeto su decisión, pero también respetaría igualmente a una mujer que hubiera elegido vivir.

Sin embargo, tengo la fuerte sospecha de que al beatificar a Gianna Beretta, el Papa nos está enseñando la diferencia que existe entre una buena madre y una mala madre. Una buena madre estaría dispuesta a sacrificar su vida por la de su hijo no nacido, y sólo una mala madre pensaría que preservar su vida serviría más a su familia y a su comunidad; además, sólo una muy mala madre podría pensar que ella merece sobrevivir, aunque no tuviera hijos.

A pesar de todo, me digo a mí misma que la decisión de Gianna Beretta podría interpretarse como heroica. Sin embargo, la segunda beatificación es verdaderamente inquietante. Elisabetta Canori Mora, originaria de Roma, murió en 1825 tras soportar un matrimonio en el que su marido abusaba físicamente de ella; finalmente la abandonó, por lo que ella sola tuvo que hacerse cargo de sus hijos. “En medio de numerosas dificultades matrimoniales, Elisabetta Canori Mora mostró su total fidelidad al compromiso asumido con el sacramento del matrimonio y a las responsabilidades que de él se derivan”, dijo el Papa. Por permanecer en un matrimonio horrible y destructivo, ella está a punto de convertirse en una santa. Las adolescentes católicas tienen ahora un buen modelo para seguir.

Hay que considerar también el contexto en el cual se selecciona a estas dos mujeres. El Vaticano está tratando de influir en la agenda de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, que se

llevará a cabo en El Cairo durante el próximo otoño. El delegado del Vaticano a una reciente reunión preparatoria de esta Conferencia —la Prepcom III— intentó eliminar el concepto de “maternidad sin riesgos”, como un objetivo fundamental de salud.

En un esfuerzo de moderación, me regañé a mí misma por ser muy “radical” y pensar que si no se apoya la “maternidad sin riesgos” es porque se está a favor de la maternidad con riesgos. Pero estas dos beatificaciones muestran lo tonto de mi autocrítica ya que, en efecto, su mensaje es que el Vaticano no valora la seguridad de las mujeres en el parto y en la vida familiar.

Un sinfín de ladrillos edifican este antiguo monumento a la misoginia. Otro ejemplo reciente: a los funcionarios de la iglesia católica se les preguntó si un hombre contagiado de sida podía usar condón para proteger a su esposa de esa enfermedad. El Vaticano respondió que esta pareja ha sido llamada por Dios para abstenerse del sexo. Si la abstinencia se convirtiera en una presión insoportable y tuvieran relaciones sexuales, no podrían usar el condón. Salvar el matrimonio es más importante que salvar la vida de la mujer.

Esta falta de respeto a las mujeres y esta palpable aversión a la sexualidad son inmemoriales. Las palabras de San Pablo son claras: “Que la mujer aprenda en silencio con toda la sumisión. Yo no permito a ninguna mujer enseñar o tener autoridad sobre los varones; ella debe callar. Adán fue creado primero, y después Eva, y Adán no fue engañado, pero la mujer sí y se volvió transgresora. Sin embargo, la mujer será salvada por parir hijos.”

San Pablo se equivocó, especialmente en lo último. En esta iglesia, para pasar el examen de la santidad se requiere más que parir hijos —se requiere sumisión total.